

con lo guaraní en la mesopotamia, con la cultura quichua en el noroeste, con los comechingones en los valles centrales, con los pamapas de la llanura pampeana y con los tehuelches y los mapuches en la Patagonia. En interiorismo, lo que se puede considerar más auténticamente argentino es lo que se encuentra en las zonas del país en donde fueron fuertes estas influencias, sin importar que también haya incidido la cultura europea que fue mayor en el diseño que en el uso de los asignaturales. A grandes rasgos, en el estilo argentino hay dos claras corrientes: Una que es andina, común a toda la Cordillera y otra que es amazónica, de la selva.

Lógicamente en los Andes y en la Puna se usa más la piedra, y hay mucha menos madera que en las tribus guaraníicas. En todas las zonas es común el uso de la tierra, del adobe y también de la cerámica. En cuanto al tejido, entre los guaraníes se encuentran hilados con algodón o con fibras vegetales. En cambio, en las zonas andinas, es común el hilado de las lanas de los camélidos. En cuanto a las tribus indígenas del Norte, trabajaron más con el hilado y el tejido y las del Sur se destacaron tanto por el tejido como por la platería.

Con la llegada de los españoles aparecieron las ovejas, las vacas y los caballos. Así se popularizaron los trabajos con el cuero y la lana, ya que hasta entonces sólo se usaba el cuero del animal cazado. Con los españoles también llegaron las misiones jesuíticas que enseñaron mucho trabajo artesanal, como el tallado de la madera.

Innovación en diseño

Viviana Suárez

1. Lo intempestivo, el carácter destructivo

Innovación. Hermosa palabra seductoramente evocadora de sociedades dirigidas hacia el progreso; término que nos introduce a pleno en un universo poblado de nuevas tecnologías e ideas creativas como maquinarias que funcionan movilizándolo el avance histórico.

Innovación. Vocábulo que nos convoca a un mundo poblado de caracteres industriales, móviles, progresistas, científicos, en definitiva: Modernos, de cara hacia el futuro concebido como un incesante infinito de producción siempre renovable. ¿Qué nos conmueve al hablar de innovación? ¿Por qué es una palabra pertinaz en el discurso de los diseños? Quizás porque nos gusta pensarnos como operarios de la máquina social; parte de los engranajes que desencadenan su vertiginoso movimiento. La innovación como el concepto que nos encadena a la rueda que arrastra la construcción del espacio donde actuamos socialmente. Los diseñadores como constructores de lo social mediado por sus productos. El diseño: Una fábrica del imaginario. De ahí: Innovación anudada a progreso; progreso entendido como avance.

Ante esto pueda quizás elevarse tímidamente una quebradiza voz que interroga sobre la fuente de alimentación de esa maquinaria. Quiero decir ¿de qué se nutre la innovación, ¿cómo surge, qué la produce, la mueve, la garantiza y la demanda? Se tiene que querer vivir los grandes problemas con cuerpo y alma

2. El cuerpo, la cosa misma

Hace tiempo me ronda la sensación desazonadora de que existe

una imagen que estando perentoriamente presente, es sin embargo un punto vacío, ciego; una oquedad por la que los discursos fugan incesantemente. Esta imagen descarnadamente mostrada y escamoteada al mismo tiempo es la del cuerpo viviente, aquello que se despliega en el espacio de lo real.

El cuerpo es una imagen descarnada para la sociedad de la post-industria; sociedad de la información en la que sólo está permitido intercambiar signos. Y todo signo es índice de un vacío, existe en tanto responsable de una ausencia. ¿De qué ausencia es responsable el signo? ¿Qué nos da a cambio de lo que se ausenta? La emergencia de un nudo; el entrecruzamiento entre producción de signos y dominio de la cosa –quiere decir, los objetos-, ese algo que nos pueda asegurar la confianza de existir como sujetos en un mundo pleno de otros, un universo cerrado y completo. El signo nos provee el bienestar en los objetos. El diseño nos provee de objetos-signos, de pertenencia, de renovadas encarnaciones de reconocimiento mutuo, de construcciones de identidad social, individual, nacional, y de época. Somos en tanto designados por nuestros objetos-signo. La ausencia que el signo desencarna es la del cuerpo. El cuerpo como lugar de la experiencia, de la opacidad. La experiencia como el lugar del pathos, de la aventura como aquello que me adviene, según bella etimología rescatada por Roland Barthes.

El vector que los signos circulantes escamotean al hacer rodar objetos portadores de identidades construidas es lo experimentable en tanto transferible. Lo experimentable como capas de sedimentos borrosos, fragmentarios, contradictorios, que nos constituye a cada uno de nosotros como pacientes de una historia. ¿Diseñamos desde un cuerpo para otros cuerpos? ¿O quizás habremos aprendido a escamotearnos detrás de metodologías, técnicas, dispositivos, instituciones hasta volvernlos insensibles a nuestra propia presencia real? ¿Estaremos presos en la paradoja del progreso que construye devorando su propia experiencia; esto es, seremos aún seres que habitamos el texto de la modernidad? Al fin, ¿Quién diseña mis objetos de diseño?

Nuestra mala costumbre de tomar un signo mnemotécnico, una fórmula de abreviación, como esencia y – finalmente – como causa; por ejemplo, decir del rayo que “ilumina”. O incluso la palabrita “yo”. Poner nuevamente un tipo de perspectiva en la visión como causa de la visión misma ¡tal fue el juego de manos en la invención del “sujeto”, del “yo”!

3. Lo progresivo, la precariedad

“En nuestros libros de cuentos – comienza Walter Benjamin – está la fábula del anciano que en su lecho de muerte hace saber a sus hijos que en su viña hay un tesoro escondido”. Preciado comienzo que prologa su reflexión sobre la pérdida de la tradición en manos de una nueva barbarie, la modernidad radical.

“¿Quién encuentra hoy gentes capaces de narrar como es debido?”, se pregunta Benjamin en 1933, en el entorno circunscrito por las dos grandes guerras y el ascenso del nazismo. Y Benjamin fija su mirada crítica en aquellos que vuelven del frente de guerra despojados de experiencia. No más ricos sino mudos; esto es privados de comunicar lo experimentado. ¿Qué dialéctica enfrenta lo experimentable y los signos vacíos concebidos como positivities, como objetos tangibles, existentes? Benjamin señala al progreso como un nuevo concepto positivo de la barbarie, lo que nos conduce a

comenzar todo de nuevo, a construir desde poquísimo y con estrechez de miras. A lo que opera sobre el pasado considerado como asignatural inerte, carente de sedimentos, de incrustaciones de experiencias. En definitiva: el pasado como ruina. El progreso carente de tensión hacia el pasado.

Y es notable que Benjamin anude al comienzo las palabras tesoro y muerte. “¿Acaso dicen hoy los moribundos palabras perdurables que se transmiten como un anillo de generación en generación?”. El legado de la experiencia es posible en tanto transferida por cuerpos sometidos a la mortalidad. Cuerpo viviente y concreto que transmite lo experimentado como pathos a otro cuerpo no mediado por tablas y evaluaciones abstractas; no capturado en imágenes fijas. La claridad, transparencia y dureza del vidrio, caracterizará Benjamin a todo aquello que elimina completamente el misterio, creando espacios en los que no pueden dejarse huellas. Cuerpos llanos como una imagen, sólo superficies en las cuales se restaura la legibilidad de las palabras, como los piensa Barthes a 40 años de distancia. Esta pérdida del “mínimo, quebradizo cuerpo humano” – anota Benjamin – una nueva forma de barbarie.

Quizás el desafío para los diseñadores que habitamos el lugar de transferencia del saber sea el de no ejercer ninguna operación de dominio sobre nuestros cuerpos. Ningún imaginario. ¿Desde qué cuerpo diseño mis objetos de diseño? ¿Desde qué cuerpo transmito mi experiencia sobre los objetos? ¿Desde qué cuerpo enuncio mi historia?

4. Lo inactual

Tras el aplastamiento del cuerpo por los objetos-signos, recuperar lo experimentable en el espesor de lo real, en la cosa misma: la verdad del cuerpo existente concreto. Creación de otros espacios, múltiples, no restrictivos, en los que sea posible desplegar la transmisión, no de conocimientos, sino de un saber que no elimine el quebradizo cuerpo humano. ¿Una operación posible?

Reflexiona Marcel Proust, en el espesor mismo de la recuperación de un tiempo corporal, íntimo, por fuera de las imágenes culturales cronológicamente fijas del cuerpo:

Hay en tantos seres varias capas diferentes: el carácter del padre, el carácter de la madre; atravesamos una, luego la otra. Pero al día siguiente ha cambiado el orden de superposición. Y al final no se sabe quién distribuirá las partes, de quién podemos fiarnos para la sentencia. Gilberte era como esos países con los que otros países no se atreven a aliarse porque cambian demasiado a menudo de gobierno. Pero en el fondo es un error. La memoria del ser más sucesivo establece en él una especie de identidad y le hace no querer faltar a unas promesas que recuerda, aún en el caso de no haberlas firmado.

Lo identitario se inscribe en un ser que se reconoce formado por una multiplicidad sucesiva y a la vez sincrónica de seres diversos: en un cuerpo. El cuerpo como sede de la identidad amalgamada por lo experimentable. El cuerpo lejos de la imagen cristalizada del cuerpo. El cuerpo como lugar de transmisión de experiencias divergentes, contradictorias, opuestas al saber dominante. El cuerpo lejos de la máquina: lejos del progreso. Quizás para nosotros, diseñadores en función de enseñanza, sea la tarea de abrir una brecha en la unidimensionalidad de los objetos identitarios, e introducir la multiplicidad del cuerpo como fragmento, liberándolo de la plenitud totalitaria de las representaciones. Borronear la transparencia de lo inteligible y abrir espacios para el despliegue de relaciones basadas en

diferencias.

La antinomia de mi existencia reside ahora en que todo aquello que necesito radicalmente como filósofo radical – libertad de la profesión, de la mujer, de los hijos, de los amigos, de la sociedad, del país, del hogar patrio, de las creencias, libertad casi del amor y del odio – las siento como otras tantas carencias, en tanto que afortunadamente soy un ser viviente y no un mero aparato de abstracción.

Bibliografía

- Barthes, R. (1997). *Fragments de un discurso amoroso*. México: Siglo XXI, pp. 13-251. Título original: *Fragments d'un discours amoureux*. París: De Senil, 1977.
- Benjamin, W. (1994). *Experiencia y pobreza*: en *Discursos Interrumpidos I*. Buenos Aires: Planeta, pp. 165-173
- Deleuze, G. (2002). *Proust y los signos*. Madrid: Editora Nacional, 2002, pp. 9-151. Título original: *Proust et le signes*. De Minuit, 1970.
- Jara, J. (1996). *Nietzsche, un pensador póstumo* en *Nietzsche actual e inactual I*. Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del C.B.C, pp. 17-46
- Nietzsche, F. (1998). *El nihilismo: Escritos póstumos*. Barcelona: Península, pp. 25-181.
- Proust, M. (1998). *El tiempo recobrado*. Madrid: Alianza, pp. 7-422. Título original: *Lè temps retrouvé*. sl. sd.
- Rella, F. (1996). *Enfermedades*. Confines Buenos Aires: La Marca, Septiembre, Año 2, Nº 3, pp. 167-183.

La sociedad del conocimiento y la modernización de la escuela y la universidad: El reto de la sociedad para afrontar con éxito los cambios

Elisabet Taddei

Desde que la sociedad industrial, entra en crisis, se empiezan a utilizar conceptos como: Desindustrialización, sociedad postindustrial, sociedad postcapitalista, sociedad de la información y la situación actual llamada por unos cuantos “Sociedad del Conocimiento”, término acuñado por Peter Druker a principios de la década de los años 80.

La sociedad del conocimiento es aquella en la que los factores tradicionales, capital, tierra, maquinaria y trabajo quedan minimizados en su importancia económica, por la rápida irrupción en la sociedad de un Conocimiento dinámico y progresivo, que precede del desarrollo de las ciencias y las nuevas tecnologías y que se propaga con rapidez gracias a la explosión de las comunicaciones. La aplicación práctica de este conocimiento rompe todas las tendencias de crecimiento conocidas y hace caducar a las normas de la organización tradicional.

Los principales actores de la Sociedad del Conocimiento son la Persona Formada y Educada, que se nutre de la Ciencia y la Tecnología. El trabajador del conocimiento es aquella persona que se gana la vida en un trabajo, donde la principal aportación es el Conocimiento Activo y Práctico, alejado de la Rutina, la Burocracia, del Esfuerzo Físico y de la servidumbre a las máquinas o de los procedimientos.